

LOS VIAJES DE
SORENSEN CARLOS
JIMÉNEZ ARRIBAS
NARRATIVA

S

[...]

Estaba en Los Angeles el día que Oscar Robertson batió el record de puntos en la NBA. Robertson era un mulato de los Milwaukee Bucks, estrella de finales de los años 1970, que se sabía llamado a cruzar el umbral mullido del destino y quizá por eso pasó todo el partido evitando protagonismo. Siguió con la mirada a Oscar Robertson por la pista; llevaba media camiseta fuera del calzón, como si quisiera dejar clara así su desgana a ser llamado por la Historia. Pero la Historia insistía, y después de igualar el record en el segundo cuarto con un tiro libre, fallar el otro concedido y errar varios tiros desde distintos puntos de la cancha, para mayor suspense de la ocasión y repetidos huy del público, Oscar Robertson cruzó la línea iluminada y entró en el salón de los llamados. Lo hizo con sobreabundancia de fuerzas. Después de dos o tres canastas de mala gana y algún triple certero y aniquilador, como si en esa suerte suprema no fuera permitido el desaliño o la pereza, puso el record ocho o nueve puntos por encima y broche final a la década.

Tenía pensado asistir a la convención de la Modern Language Association, celebrada anualmente, cada año en una ciudad distinta. Ese año tocaba en Los Ángeles, y allí se daban el sitio y la ocasión para que las universidades estadounidenses entrevistaran a los aspirantes a profesores, lectores y becados. Se había acreditado, tenía pagada la tarifa y reservadas unas noches en un hotel en el que había vivido y escrito Raymond Chandler, pero la verdad era que no llevaba ninguna entrevista confirmada, y, ya allí, no lo dejaron ni pasar al congreso como mero asistente. Así que se encontró sin nada que hacer unos días en Los Angeles y decidió empezar por lo más fácil: ir a ver un partido de *basket* donde lo que más lo impresionó fue la desgana de Oscar Robertson para la gloria.

La convención se desarrollaba en un hotel ubicado en una de las avenidas principales, con nombre castellano, o vasco. Muy cerca estaba la calle de la Alameda. Una tarde, ya oscurecido, olisqueando el aire para hacerse una idea de la composición del cielo, salió a pasear y en apenas dos calles se encontró con una ciudad totalmente distinta, borrachos, gente de mirada esquinera, menesterosos; recordó el final de *La casa de Bernarda Alba*, aquello de «irás corriendo vivo por lo oscuro de las alamedas», y apretó el paso. Alameda iba de norte a sur, marcaba el límite entre la ciudad blanca y perfecta y la otra. La cortina de algodón, como la llamaban, no la podían cruzar los negros para el lado del centro, y se acumulaban en esa linde como deshechos en las cunetas; ni los blancos, para el otro. La Policía andaba lista haciendo controles, y si no, había grupos de

vigilantes. Carajo de dameros, dijo para sí, me cago en las casillas, en las blancas y en las negras.

En el hotel, entre las lámparas de araña que replicaban como con desgana las palmeras que surgían cada ciertos tramos en la ciudad afuera, seres esbeltos, inasibles, verticales, sobre la moqueta que cubría vestíbulos y escaleras y que era tan gruesa que impedía hacerse una idea precisa de qué clase de suelo habría debajo, reflejados en los miles de espejos que les daban una imagen no insatisfactoria de ellos mismos, confundidos con los camareros chicanos de anchas caderas y pantalones acampanados y con los ejecutivos rubios y pelirrojos de estilizada mirada de tramperos en trajes de doscientos dólares, vio verterse como un río audaz y descarado el mundo académico del gran país que lo había acogido hacía unos años. Becarias en sandalias y chaqueta de vestir con la chapita de su nombre en la solapa, jóvenes mormones con la mochila al hombro y el mundo medieval reflejado en los ojos grises, voluminosos catedráticos que se balanceaban al andar como se balanceaban las modas literarias en los departamentos de las universidades, menesterosos como él que aguardaban a recoger las migas académicas de aquel festín para las grandes construcciones de humo en torno al humo enceguedor de la literatura.

Había echado en la maleta a modo de lectura de viaje *Antiintellectualism in American Life*, de Richard Hofstadter, un libro que su cuñado Geza le había recomendado que leyera. Y así se sintió, como un yanqui en la corte del rey Arturo, como un intelectual en un país que los expelía igual que si fueran cuerpos extraños para su sistema inmunológico. No se consideraba propiamente un intelectual, pero el incidente en el viaje de vuelta, cuando por problemas meteorológicos se anuló su vuelo a Atlanta, donde tenía que hacer escala para regresar a Nueva York, lo que le retuvo un día más en Los Ángeles, vino a confirmar su no pertenencia a los Estados Unidos.

Afortunadamente, en aquel mundo a veces tan inhóspito, quedaban los intersticios entre las autopistas, donde crecían una flora y una fauna que nadie veía pero que eran ricas e inusitadas, y quedaban también las isletas que habían generado los aeropuertos. La compañía aérea declinaba toda responsabilidad por tratarse de problemas meteorológicos, pero le proporcionó al menos el vale para que se alojara por un módico precio en uno de los hoteles del aeropuerto, donde pudo desayunar, dar una cabezada, ducharse y tomar aquellas notas que tituló *Los viajes de Sorensen*.

Empezaba hablando de la espectacularidad que brindaba la imagen, la televisión, al hacer todo más de otro mundo de lo que en realidad era, pues los míticos partidos de la

NBA quedaban reducidos a la simple escala de lo humano si se veía desde las gradas, sin el brillo añadido de las cámaras, privado de las imágenes sincopadas y la música. Luego hablaba de los templos y lugares iconográficos del celuloide, los bulevares de Hollywood y los teatros que tantas veces había visto magnificados en la televisión y que, frente a frente, le parecían más pequeños y chabacanos de lo que había imaginado; sobre todo, el diminuto solar en el que habían dejado impresas las huellas de sus manos tantas estrellas en el Walk of Fame. Todo aquello, ya eliminado el brillo añadido de la gran pantalla, quedaba reducido a las tristes dimensiones de un sencillo patio de colegio. Y eso le parecían también los angelinos, unos niños enormes jugando en el patio enorme del colegio que era su enorme y fotogénica ciudad. Aunque luego, bajar a ras de tierra y tocar la superficie fuese, según había parodiado Nabokov, una Arcadia imposible entre los cactus, los insectos y las serpientes.

Desde su ventana del séptimo piso del hotel Radisson en el aeropuerto, rodeado de isletas, intersecciones de autopistas y bajo el ensordecedor ruido de los aviones, allí, en aquel archipiélago dentro de otro archipiélago, leía su libro y se sentía expelido como quizá se había sentido Nabokov, o Thomas Jefferson mismo, a quien ya en algún panfleto de la época se le acusaba de ser un hombre de contemplación y de entregarse al vicio poco edificante de clavar alfileres en el cuerpecillo de las mariposas. Igual que el autor de *Lolita*. Igual que él mismo, salvadas las distancias, aunque lo que él clavara entonces fueran sus ojos exiliados en el cielo crepuscular mientras lo veía cambiar, en aquel día hurtado al devenir del mundo, del azul celeste al lila pálido hasta hacerse de un negro impenetrable.

Cuando ya no pudo distinguir nada detrás de los cristales, y el flujo de aviones descendió, decidió bajar a la cafetería del hotel y seguir allí la lectura. En el pasillo sintió sus pasos como los de un cazador furtivo por el bosque, sobre la mullida densidad de la moqueta, de dorados arabescos contra un fondo en color oscuro. Acostumbrado a tener el suelo próximo debajo de la bola de los pies, caminaba volátil y esquivo, y se sorprendió a sí mismo encorvado y con la mirada huidiza, reflejado en los grandes espejos del ascensor. Por aquel entonces todavía albergaba sueños de ser reconocido como escritor y así se veía a sí mismo, como el caso de tantos escritores y aspirantes a escritores que describía Hofstadter en su libro, en la encrucijada del intelectual que tiene que elegir entre la búsqueda personal de conocimiento y el trabajo cualificado que la sociedad demandaba de él y por el cual estaba dispuesta a pagarle su sueldo. Ser o no ser, aquel era el dilema; ser el profesor que se ganaba la vida como podía desde el más absoluto

anonimato y cierta indigencia intelectual, dando clases particulares, o ser el esteta que intentaba meter todo ello en una gran novela autobiográfica. En cierto sentido eso era lo que decía Tolstoi en *Anna Karenina*, que el que no valiera para nada en particular se dedicara a tener hijos, y el que tuviera algún talento, que lo ejerciera para instrucción y aprovechamiento de los hijos que había tenido el otro. Solo que empezaba ya a dudar de su talento y, que él supiera, no tenía hijos.

En esas cavilaciones andaba cuando, desde otra mesa del restaurante, dividido en pequeños compartimentos igual que los de los vagones antiguos de tren a lo largo del pasillo, un hombre de avanzada edad, pelo blanco y traje oscuro ajado por el tiempo se dirigió a él en español y le dijo que las tesis del autor de ese libro que estaba leyendo se hacían realidad con aquella parálisis de todo un país por capricho del tiempo.

Del tiempo meteorológico, claro está, dijo con un acento perfecto que podría ser el castellano culto peninsular o el hablado por las clases pudientes en cualquier gran capital de Hispanoamérica.

¿Cómo dice?

Digo que si el pendejo de Richard se viera ahora aquí diría que somos un país castigado por los elementos, que hasta los meteoros en América se confabulan para turbar la paz de los intelectuales, léase este congresito al que usted y yo no hemos asistido.

¿A qué congreso se refiere?

Diantre, cómo son ustedes los españoles, pues a qué congreso me voy a referir, al de la MLA, en el que ni usted ni yo hemos podido entrar, usted por cimarrón, y yo, por caballo viejo.

Uruguayo, si no le molesta.

Uruguayo, español, qué más da, llevan dentro un gallego, que es un español para ustedes, aunque un gallego no tenga nada que ver con un español, y hablan la lengua de Cervantes. Pero bueno, si usted insiste, convendremos en que es hispanohablante, por no llamarlo hispano, que tiene acá ciertas connotaciones que de buen seguro conoce.

¿Y usted qué carajo es?, estuvo por decir, pero se conformó con una mirada interrogativa a la que el otro respondió levantándose y echando mano de una tarjeta de visita.

Hispanista, querido amigo, hispanista. Aunque en la tarjeta pone que soy cervantista, pero es que es un título que no consta en los códigos administrativos y por eso lo pongo solo en la tarjeta.

¿Hispanista?

Sí, querido amigo, hispanista, ¿no me ve la pinta, el traje raído, el jersey macilento, la corbata oxoniense y estas trazas de recién salido de un códice medieval?

Lo miró con curiosidad y se encontró con lo que podría ser su viva imagen en unos años. Solo que con más pelo, los ojos más azules y una expresión en la cara de divertido escepticismo que le empezaba a resultar familiar cuando se miraba al espejo.

Pues lo que le venía diciendo, que yo soy cervantista y me ponen de hispanista, y usted es hispano, lo que eso engloba en la lengua que usted habla y que, de seguro escribe, y los dos nos hemos quedado fuera del pabellón de congresos por motivos muy distintos pero en realidad, créame, por el mismo motivo.

Según McCallum, que así se llamaba el hispanista, a él no lo habían dejado pasar porque ya no le interesaba el hispanismo, ni siquiera Cervantes; mientras que a él lo habían vetado porque tampoco le interesaba el hispanismo, solo la literatura.

Su ponencia seguro que versa sobre alguna lectura contemporánea de escritores que todavía ni se conocen acá.

¿Y la de usted?

A mí ya solo me interesa el sentido de la vida, querido amigo. Estamos acá por poco tiempo, aunque yo lleve ya unas cuantas décadas debajo de este cinturón. Y me he pasado la vida preguntándome por el sentido de códices, estudios y manuscritos, y ahora me doy cuenta de que eso no vale un carajo, de que lo que de verdad importa es descubrir la razón de esa brevedad y hasta de esa existencia. Y a eso dediqué mi comunicación. Y pasé los primeros filtros, quizá como usted, pero al llegar a la recepción, una morena de ojos azules, como eran mis antepasados, con esa mirada que tenemos que parece una báscula, me caló como un melón, que dirían en el país que no es el suyo pero del que usted no deja de provenir, me paró en seco en la moqueta floreada y dijo que no tenía acceso al plantel de ponentes. Eso dijo, ¡el plantel de ponentes!, a los que yo he enseñado a escandir, criados a mis pechos, el plantel de ponentes que todavía se hacían pis encima cuando yo estaba editando a Vélez de Guevara, ¡el plantel de ponentes! Pero a ver qué iba a hacer, con aquella mujerona allí, parada en jarras, amenazando con llamar a algún otro gorila más grande.

Recordó que a él también lo había parado una mujer morena de buena planta.

¿Sabe usted que todo empezó un día que visité a mi terapeuta? Acá todos tenemos nuestro psicólogo particular, ni el presidente de la nación da un paso sin consultar a su doctorcito. El mío no es exactamente un psiquiatra, entiéndame, lo llaman etiólogo, igual que yo no soy exactamente un hispanista y me hago llamar cervantista. La etiología es la

ciencia que investiga las causas, el porqué de la vida, en una palabra. Y cada semana vas allá y te tumbas en el diván y el etiólogo te mete mano, entiéndame, y te pone las células a punto como si fueran las bujías de un Buick. Pues bien, el etiólogo tenía en la consulta una lámpara que no era una lámpara, algo que parecía un supositorio gigante de cristal transparente puesto de pie, con terminaciones de metal opaco en los extremos, y dentro del cristal había agua o algún otro líquido también transparente y espeso, y allí flotaba otra cosa todavía más espesa y extraña. Como una caquita sideral así de color metálico y sin brillo; y esta especie de excrecencia se iba formando y deformando en el fluido, sacaba formas alucinantes que subían y bajaban, pero muy despacio, y se juntaban y se separaban a un ritmo que no era ni el que marcaba el reloj de metacrilato que también había en la estantería, ni el de las palabras que el terapeuta me decía, ni ninguno otro. Y al verme que no apartaba la vista de aquello, me dijo que el movimiento de esa sustancia era el ritmo de la vida, que así era la vida, una voluntad de forma, eso dijo, se lo juro, y que era algo imparables, aunque se la metiera en una lámpara de cristal, porque hasta allí seguía venga a formarse y deformarse, algo que, al fin y al cabo, venía a ser lo mismo. Y también dijo que en ese mismo momento dentro de mí, y dentro de él, y dentro de toda la gente que estaba viva, había cosas así, formándose y deformándose, y que eso era que estábamos vivos, hasta que un día, dentro de los años que fuera, eso se formaría y se deformaría tanto que nos ocuparía por completo, y entonces ya no seríamos nosotros mismos, sino la mismita sustancia del Universo. Eso dijo el terapeuta. Se lo juro. Y aquello me dejó pensativo, porque yo nunca me habría imaginado que se podía dar un paso tan grande, desde el diván al Universo.

McCallum confesó que sus preocupaciones existenciales eran bien conocidas en el mundo de los hispanistas, un ejército de agentes del FBI al servicio de la Academia.

¿La de la lengua?

No, hombre, no, la Academia, el *Academe*, todo el tinglado de universidades. Unos van con gafas y gabardina, recogiendo casquillos de bala del suelo con un pañuelo immaculado, y otros llevan jersey de pico y corbata, como una piel de cordero sobre el pellejo de lobo gris, desempolvando reliquias de esa maldita lengua que se empeñan en hablar ustedes. Hay fotos más repartidas entre los departamentos de lenguas modernas por todo el país. No pone aquello de «Se busca», pero casi. Mis primeras intervenciones fueron una bomba; en Memphis dediqué más de veinte páginas a exponer la distinta densidad celular que tenemos unos y otros, lo que explica que se nos vea más a unos que a otros. Vamos, que a una estrella del rock se la ve a la lengua, porque tiene unas células

como gotas de kriptonita, y a un agente secreto no se lo ve ni aunque te des de bruces con él, porque es de célula lábil. Y todo después de poner en la inscripción que iba a hacer un comentario a Gracián, el rey del disimulo. A nadie se le movió un pelo del rostro, ya sabe cómo somos acá, un purito témpano. Pero en el congreso siguiente, que no por un casual era en San Luis, aprovechando que ya empezaba a estar de moda lo de la africanidad, la diferencia, el indigenismo, a mitad de una ponencia en la que recogía averiguaciones de peso llevadas a cabo por un brujo africano que residía en el Bronx, capaz de llegar hasta la tercera generación de sus pacientes solo tomándoles el pulso, los más mayores se levantaron, recogieron sus papelotes y se fueron con gesto airado. Se quedaron los más jóvenes, algunos bostezaban, otros me miraban con cara de asombro. He de decir que la mayor parte de estos últimos eran mujeres. Cuando acabé y levanté la vista del atril la sala estaba vacía, y un par de catedráticos tiraban de la manga de las últimas chicas que me miraban por encima del hombro con cara de súplica.

En el siguiente congreso, celebrado esta vez en San Bernardino a última hora porque había amenaza de terremoto en San Francisco, ya no me dejaron entrar. Recibí cartas de apoyo de colegas que suplicaban que no las hiciera públicas. Me pedían que reflexionara, imploraban por que volviera a la senda de la investigación, según lo llaman ellos, me recordaron que la comunidad académica esperaba ansiosa mis conclusiones sobre el mal conocido cautiverio de Cervantes. En vano. Los consejos editoriales de todas las facultades de América me han cerrado el paso.

Lo miró con el gesto torcido. Le daba pena aquel setentón que, o era un genio, o estaba loco. O las dos cosas a la vez.

McCallum apoyó ambas manos encima de la mesa y levantó la vista, pero en la expresión de su cara no había decepción ni pesadumbre. Solo una llama extraña iluminaba el azul celeste de sus ojos. Y una sonrisa le resplandecía en el rostro.

La vida, señor uruguayo, la vida.

Volvió al asiento que había ocupado antes, tomó su pequeña maleta de debajo de la mesa y dejó un billete de un dólar junto a la taza de café vacía. Lo vio encaminarse al lobby del hotel con andar erguido y aquel pelo blanquísimo, llameando igual que una vela sobre los vencidos hombros.

Más tarde recordó que en el cielo el queroseno dejaba como un pañuelo de vaho en las estelas de los aviones, y el ruido era una amortiguación de la noche y su silencio. En aquellas imágenes de tonos lívidos, tenía una intuición del paisaje de América. Había algo triste en el paisaje americano, en América en sí. Y qué querés, se decía a sí mismo,

si estamos allá de prestadito, y desde hace dos días como aquel que dice. Siempre le transmitía el paisaje, los pueblos, las estaciones de servicio, las mismas ciudades, esa sensación de tristeza. De purito nueva que es, aquella tierra transmitía esa desazón. Europa estaba plantada, sedimentada en la Historia. En Europa, en Asia, el mono pensante dejó allá sus primeras huellas y se podía seguir en el aire esa continuidad, se podía palpar en el aire y en la cara de la gente el paso gradual y evolutivo desde el Neanderthal hasta el pibe de pantalones ceñidos y greña sucia. Aunque no se viera, se percibía; todo lo que había pasado, todos los que habían pasado por allá, se percibía. La Historia era eso, algo, alguien que ha pasado. Y al paisaje americano no le ha pasado casi nada en comparación. Hasta Oceanía tiene más pasado que América, y en esas caras tatuadas de los polinesios, ahí está escrito el ADN de la especie y hasta la historia toda del universo. Porque los oceánicos, que llegaron de África, solo calmaron la sed de sol naciente que tenían cuando siguieron hasta el este y llegaron a América. Y mucho tiempo después que ellos, los mongoles, que cruzaron el estrecho de Bering por el norte. Y luego los saqueadores, la concha de su madre; Eric el rojo, que saqueaba luz, Hernán Cortes, que saqueaba oro, los iluminados calvinistas, que saqueaban tierra, tantos y tantos fundadores de patrias, almas, civilizaciones y quilombos, todos, todos son un bebecito comparado con cualquier muchacho europeo que ha crecido entre sedimentos históricos. Y eso se ve en el paisaje, eso lo vio en cuanto llegó a América, nada más nacer, lo vio con ojos de buzo como los ángeles de la Historia.

[...]